

les en la isla de Santo Domingo, hasta el de 1496, pereció por la guerra y por otros desastres la tercera parte de los habitantes de aquella gran posesion. En 1507 no habia quedado mas de la décima parte de los indios que habia en 1493, como dice las Casas (1), que era testigo de vista; y desde entónces fué disminuyendo la poblacion de Santo Domingo, en tales términos, que en 1540 apenas quedaron 200 indios: por lo que, desde el principio del siglo xv empezaron los españoles á sacar millares de indios de las Lucayas, para aumentar la poblacion de la Española; pero habiendo perecido estos tambien, llevaron á ella, ántes de la conquista de México, pobladores de Tierra-firme, y de otros países del continente de América, segun los iban descubriendo. En una carta escrita al consejo de Indias por el primer obispo de México, y de que habla Las Casas á Carlos V, se lee que el cruel Nuño Guzman, gobernador de Pánuco, envió de aquellos países 28 buques cargados de indios esclavos, para que se vendiesen en las islas: así que, léjos de sacar los españoles habitantes de las islas, para poblar á México, enviaban indios de México á las islas, como lo dicen en los términos mas claros aquellos dos escritores y otros varios. Es cierto que despues de la conquista se enviaron á México esclavos africanos; mas nó porque se necesitasen pobladores, sino porque los españoles querian servirse de aquellos negros para las elaboraciones del azúcar, y para los trabajos de las minas, en cuyas tareas no podian emplear á los indios por fuerza, en atencion á las leyes recién promulgadas. De todo esto resulta la consecuencia clarísima de ser falso, y contrario al dicho de los autores, que el territorio mexicano estuviese tan despoblado tres años despues de la conquista, que fuese necesario volverlo á poblar con habitan-

(1) En su obra intitulada: *De la destruccion de las Indias*. Todo lo que aquí digo consta no ménos por el testimonio de Las Casas en aquella obra que en la intitulada: *El Suplicante Esclavo Indio*, y por lo que se lee en las Decadas de Herrera.

tes de las islas Lucayas, y con africanos: por el contrario, es innegable que de los países antiguamente sometidos al rey de México y á la república de Tlaxcala, se enviaron colonias, algunos años despues de la conquista, para poblar otros países, como Zacatecas, San Luis Potosí, el Saltillo, &c.

Pero veamos qué dicen en particular de la poblacion de México aquellos antiguos escritores. No sé que ninguno de ellos haya osado espresar el número total de los habitantes del imperio mexicano. Si contenia ó nó 30,000,000, solo el rey y los ministros podian decirlo; y aunque de estos podian muy bien informarse los españoles, no consta que ninguno lo haya hecho. Lo que muchos de los historiadores aseguran es, que entre los feudatarios de la corona de México habia treinta, cada uno de los cuales tenia cerca de 100,000 súbditos, y otros 3,000 señores, que no tenian tantos. Lorenzo Surio dice que este cálculo constaba en los documentos que existian en los archivos reales de Carlos V. Cortés en su primera carta al mismo emperador, se espresa en estos términos: „Es tan grande la muchedumbre de habitantes de estos países, que no hay un palmo de tierra que no esté cultivado; y con todo hay mucha gente que por falta de pan mendiga por las calles, por las casas y por los mercados.” La misma idea nos dan en general de la poblacion de México Bernal Diaz, el conquistador anónimo, Motolinía, y otros testigos oculares. Por lo que hace á los diferentes países de Anáhuac, el dicho de los mismos escritores y el de casi todos los antiguos no deja la menor duda acerca de la gran poblacion del valle de México, de los países de los Otomites, de los Matlatzincas, de los Tlahuicas, de los Coahuixcas, de los Miztecas, de los Zapotecas y de los Cuicatecas; de la provincia de Coatzacoalco, de los reinos de Acolhuacan y Michuacan, y de los estados de Cholula, Tlaxcala y Huexotzinco.

El valle de México no obstante el tener una parte de su superficie ocupada por

los lagos, era á lo ménos tan poblado como el país que mas en la Europa. Habia en él 40 ciudades considerables, cuyos nombres he dado en otra parte de esta obra, y de que hacen mencion todos los historiadores antiguos. Los otros lugares habitados que contenia, eran innumerables, y de ellos pudiera presentar un largo catálogo, si no temiera fastidiar á mis lectores. El sincerísimo Bernal Diaz, describiendo en el capítulo LXXXVIII de su Historia todo lo que los españoles conquistadores iban viendo en su viaje por el valle mexicano á la capital, dice así: „Cuando veiamos cosas tan maravillosas, no sabiamos qué decir, ni si era verdad lo que se presentaba á nuestros ojos; porque veiamos tantas grandes ciudades en tierra firme, y otras muchas en el lago, y todo lleno de barcas.” Dice ademá, que algunos soldados compañeros suyos, maravillados sobremanera al ver tantas y tan hermosas poblaciones, dudaban si eran sueño, ó cosas de encanto las que estaban viendo. Estas, y otras noticias dadas con la mayor sinceridad por aquel escritor soldado, bastan á responder al Dr. Robertson, el cual se valió de algunas palabras del mismo, que no supo entender, para hacer creer á sus lectores que la poblacion de México no era tan grande como se dice.

En cuanto á la de la antigua capital hay gran variedad de opiniones: ni puede ser de otro modo, cuando se quiere calcular á bulto el número de habitantes de una gran ciudad; pero todos los escritores que ó la vieron, ó tomaron informes de los que la habian visto, están de acuerdo en que era muy considerable. El cronista Herrera dice que era doble que Milan; Cortés afirma que era tan grande como Sevilla y Córdoba; Lorenzo Surio, citando los documentos del archivo real de Carlos V, asegura que la poblacion de México se componia de 130,000 casas; Torquemada, apoyándose en Sahagun y en algunos historiadores indios, cuenta 120,000, y añade que en cada casa habia de 4 á 10 habitantes. El conquista-

dor anónimo se esplica en estos términos: “Puede tener esta ciudad de Temistitan mas de dos leguas y media, ó cerca de tres, poco mas ó ménos de circuito: la mayor parte de los que la han visto dicen que contiene 60,000 hogares, mas bien mas que ménos.” Este cálculo, adoptado por Gomara y por Herrera, me parece el que mas se acerca á la verdad, si se atiende á la estension de la ciudad, y al modo de habitar de aquellas gentes.

Mr. de Paw contradice toda esta masa de autoridades. Llama “escesiva y estravagante la descripcion que nos hacen de esta ciudad americana, la cual contenia, segun algunos autores, 60,000 casas en los tiempos de Moteuczoma II; así que, tendria 350,000 habitantes, siendo notorio que la ciudad de México, aumentada considerablemente bajo el dominio de los españoles, no tiene en la actualidad mas de 60,000 incluyendo en este número 20,000 entre negros y mulatos.” Hé aquí otro de los pasajes de las Investigaciones filosóficas que hará reir á los Mexicanos. Pero ¿quién no ha de reir al ver á un filósofo prusiano, tan empeñado en disminuir la poblacion de aquella gran ciudad americana, y enfurecido contra los que la representan mayor que él se la figura? ¿Quién no se admirará al mismo tiempo al oír que en Berlin se sabe con tanta notoriedad el número de los habitantes de México, cuando no hace mucho que lo ignoraban los párrocos de aquella ciudad que anualmente los cuentan? Yo, sin embargo, quiero dar á Mr. de Paw algunas noticias seguras sobre este asunto, á fin de que en lo sucesivo evite los errores en que ha incurrido.

Sepa pues que México es la ciudad mas populosa de cuantas hay en los estados americanos en que se habla español, y que lo es mas que la mayor de la Península. Por el número de nacidos y muertos en Madrid y en México, publicado en los Diarios de ambas capitales, consta que el número de habitantes de la primera es una cuarta par-

te menor que el de la segunda (1): esto es, si Madrid, por ejemplo, tiene 160,000 habitantes, México sin duda tiene mas de 200,000. Ha habido una gran variedad de opiniones sobre la poblacion de la capital moderna, como las hubo acerca de la antigua, y como las hay acerca de otras ciudades de primer orden [2]; pero habiéndose hecho en estos últimos años con mayor diligencia la numeracion, tanto por los párrocos, como por los magistrados, ha resultado que el número de habitantes pasaba de 200,000, aunque no se sabe con exactitud cuántos son los que esceden esta cantidad. Puede formarse alguna idea de aquella poblacion por la cantidad de pulque y de tabaco que se consume en ella diariamente [3]. Cada día entran en sus muros mas de 6,000 arrobas de pulque. En todo el año de 1774 entraron 2,214,294½ arrobas, no incluyendo en este cómputo el que se introdujo de contrabando, ni el que vendieron los indios exentos en la plaza mayor. Esta gran cantidad de pulque no es mas que para el consumo de los indios y mulatos, cuyo número es inferior al de los europeos blancos y criollos, entre los cuales hay muy pocos que usen de aquella bebida. El impuesto sobre

(1) Es cierto que á proporcion del exceso de una ciudad sobre otra en el número de los nacidos y muertos, deberá ser el exceso del número de los habitantes, y no hay medio mas seguro de hallar este número en una ciudad populosa, que el de saber el de los que nacen y mueren en ella, con tal que se adopten las precauciones convenientes.

[2] Basta saber la diversidad de opiniones que ha reinado mucho tiempo sobre la poblacion de Paris. Leonel Waffer, viajero inglés, creyó que en México habia 300,000 almas; Gemelli opinó que eran 100,000; el misionero Tallandier 60.000: un viajero moderno que pasó á México despues de haber visto toda Europa, y los principales países de Asia, era de parecer que no habia en México ménos 1,500,000 habitantes. Este disparató por exceso, y Tallandier por defecto.

[3] El pulque no se puede guardar para otro día, y cada día se consume todo el que se introduce. La nota del consumo diario de pulque y tabaco en México se ha tomado de una carta escrita por uno de los mejores calculadores de aquella aduana, escrita á 23 de febrero de 1775.

ella sube solo en la capital á 280,000 pesos anuales, poco mas ó ménos. El consumo de tabaco de humo en la misma importa cada día cerca de 1250 pesos, lo que al año forma mas de 450,000. Debe tenerse presente que son pocos los indios que fuman. Entre los criollos y europeos hay muchísimos que no tienen aquella costumbre, y entre los mulatos, algunos. ¿Y habrá quien dé mas crédito al cálculo de Mr. de Paw que á las matrículas de aquella capital, y quien aprecie mas el juicio de un prusiano moderno, tan estravagante en todo lo que escribe sobre la capital de México, que al de tantos escritores antiguos, que por sí mismos la vieron y observaron?

De la capital de Texcoco sabemos por las cartas de Carlos V, que tenia cerca de 30,000 casas: mas esto debe entenderse de aquella parte de la poblacion que propiamente se llamaba *Texcoco*; pues comprendidas las otras tres ciudades de Coatlichan, Huexotla y Atenco, que, segun el mismo Cortés, podian considerarse como un solo pueblo, su circuito era mayor que el de México. Torquemada, apoyado en el testimonio de Sahagun, y en el de los indios, asegura que en aquellas cuatro ciudades se contaban 140,000 casas; y si queremos disminuir la mitad de este número, todavía queda una poblacion considerable. Ningun historiador habla de la de Tlacopan, aunque todos convienen en que era muy vasta. De la de Xochimilco sabemos que era la mayor de todas aquellas ciudades despues de las capitales. Cortés afirma que en Iztapalapan habia de 12 á 15,000 hogares; en Mixcoac cerca de 6,000; en Huitzilopochco de 4 á 5,000; en Acolman, 4,000; otros tantos en Otompan, y 3,000 en Mexicalzinco. Chalco, Azcapozalco, Coyoacan y Cuauh-titlan eran, sin comparacion, mayores que estas últimas. Todos estos y otros muchísimos pueblos estaban edificados en el valle de México, y su vista ocasionó no ménos admiracion que miedo á los españoles conquistadores, cuando por primera vez observaron desde las cimas de los montes aquel

delicioso punto de vista. Lo mismo les sucedió cuando vieron á Tlaxcala. Cortés en su carta á Carlos V habla así de esta última ciudad: “Es tan grande y maravillosa, que aunque yo omita mucho de lo que pudiera decir, lo poco que diré parecerá increíble; porque es mayor y mas poblada que Granada, cuando setomó á los Moros, harto mas fuerte, con tan buenos edificios, y mucho mas abundante en todo.”

Del mismo modo se explica el conquistador anónimo: “Hay allí muchas grandes ciudades, y entre ellas la de Tlaxcala, que en algunas cosas se parece á Segovia, y en otras á Granada; pero es mas poblada que cualquiera de estas.” De Tzinpantzinco, ciudad de aquella república, dice Cortés (1) que habiéndose hecho el padron por su orden, resultaron 20,000 casas. De Huexotlipan, que pertenecia al mismo estado, dice que tenia de 4 á 5,000 hogares. En Cholula cuenta cerca de 20,000 casas, y casi otras tantas en las poblaciones vecinas, que podian considerarse como sus arrabales. Huexotzinco y Tepeyacac eran émulas de Cholula en estension. Estos son algunos de los pueblos que vieron los españoles ántes de la conquista, omitiendo otros muchos, cuya importancia consta por la deposicion de los mismos, y de otros historiadores.

No ménos se infiere la muchedumbre de habitantes de aquellos países, del innumerable concurso que se notaba en los mercados, de los grandes ejércitos que se armaban cuando era necesario, y del gran número de bautismos que se confirieron despues de la conquista. En la Historia he hablado largamente del gentío que asistia á los mercados, fundándome en el dicho de muchos testigos oculares. Podria sospecharse alguna exageracion en los conquistadores acerca del número de las tropas contra las cuales combatian; mas nó así con respecto al de sus confederadas, pues cuanto mayor fue-

[1] Cortés habla de esta ciudad sin nombrarla; pero del contesto se infiere que alude á ella. Torquemada lo dice espresamente.

se el número de estas, tanto ménos difícil y glorioso debia parecer el triunfo. Y sin embargo el conquistador Ojeda contó 150,000 hombres en los ejércitos aliados de Tlaxcala, Cholula, Tepeyacac y Huexotzinco, cuando les pasó reseña en Tlaxcala, para ir á la conquista de México. El mismo Cortés dice que las tropas aliadas, que lo acompañaron á la guerra de Cuauquechollan, pasaban de 100,000 hombres, y de 200,000 con mucho los que lo ayudaron en el asedio de la capital. Por otra parte, los sitiados eran tantos, que habiendo muerto durante el asedio mas de 150,000, como he dicho en la Historia, cuando los españoles se apoderaron de la ciudad, y mandaron salir de ella á todos sus habitantes, por espacio de tres días y tres noches, se vieron continuamente llenos los tres caminos, de gente que iba á refugiarse á otros pueblos, como dice Bernal Diaz, que estuvo presente. En cuanto al número de bautismos, sabemos por el testimonio de los mismos religiosos que se emplearon en la conversion de aquellos pueblos, que los niños y adultos bautizados solamente por los PP. franciscanos [1] desde el año de 1524 hasta el de 1540, fueron mas de 6,000,000, la mayor parte de los cuales eran habitantes del valle de México y de las provincias vecinas. En este número no se incluyen los bautizados por los clérigos, por los dominicos, por los agustinos, entre los cuales, y los franciscanos se dividió por entónces aquella abundantísima mies; y por otro lado es cierto que hubo innumerables indios que se mantuvieron obstinados en su gentilismo, ó que no recibieron la fe de Cristo sino muchos años despues. Las estrepitosas controversias suscitadas en aquellos países por algunos religiosos, y sometidas á la decision del papa Paulo III, nos hacen ver que de resultas de la extraordinaria y nunca vista muchedumbre de catecúmenos, se vieron obligados los misioneros á

[1] Toribio de Benavente, ó Motolinía, uno de aquellos religiosos, bautizó por sus manos mas de 400,000 indios, de los que llevó cuenta escrita.

omitir algunas ceremonias del bautismo, y entre ellas la de la saliva, pues se les secaban la boca, la lengua y las fauces.

Desde el descubrimiento de México hasta nuestros días, ha ido disminuyendo continuamente el número de indios. Además, de los infinitos millares de ellos que perecieron en el primer contagio de las viruelas en 1520, y en la guerra de los españoles, la epidemia de 1545 arrebató 80,000, y en la de 1576 murieron mas de 2,000,000 solo en las diócesis de México, Puebla de los Angeles, Michuacan y Oaxaca. Estos datos resultan de las notas presentadas por los curas al virey. Sin embargo de esta vasta destruccion, el cronista Herrera que escribió á fines del siglo XVI, dice, fundándose en los documentos enviados por el virey de México, que en las diócesis de la Puebla de los Angeles y de Oaxaca, y en las provincias del obispado de México, próximas á la capital, se contaban en aquel tiempo 655 pueblos principales de indios, y otros innumerables menores, dependientes de aquellos, en los cuales habia 900,000 familias de indios tributarios. Pero es necesario saber que en esta clase no se comprenden los nobles, los Tlaxcaltecas, ni los otros indios de aquellos que ayudaron á los españoles en la conquista, los cuales fueron exentos del tributo en atencion á su nacimiento ó á sus servicios. El mismo Herrera, bien instruido en estos asuntos, dice que en su tiempo se contaban en la capital 4,000 familias españolas y 30,000 casas de indios. Desde entónces ha ido disminuyendo el número de éstos, y aumentando el de aquellos.

Mr. de Paw responderá, como acostumbra, que todas las pruebas de que me he valido para demostrar la gran poblacion de México, valen ménos que nada; pues aquellos documentos provienen de soldados toscos y perversos, ó de religiosos ignorantes ó supersticiosos: pero aunque mereciesen todos estos epítetos los escritores de cuya autoridad me he valido, lo que es enteramente falso, su uniformidad bastaria para darles gran valor. ¿Quién podrá creer que Cortés

y los oficiales que con él firmaron sus cartas, se atreviesen á engañar á su rey, pudiendo fácilmente ser desmentidos por tantos centenares de testigos, entre los cuales habia muchos que los miraban con envidia y con odio? ¿Seria posible que tantos escritores, así españoles como indios, se pusiesen de acuerdo en exagerar la poblacion de aquellos países, y que no hubiese uno solo entre ellos que respetase el juicio de la posteridad? De la veracidad de los primeros misioneros no cabe duda: fueron hombres de vida ejemplar y de gran doctrina, escogidos entre muchos para predicar el Evangelio en aquel Nuevo-Mundo. Algunos de ellos fueron profesores en las mas célebres universidades de Europa; habian obtenido las primeras dignidades en sus respectivas órdenes, y habian sido dignos del favor y de la confianza de Carlos V. Los honores á que renunciaron en Europa (1), y los que no aceptaron en América, manifiestan claramente el desinterés del celo que los animaba: su voluntaria y rígida pobreza; su continuo trato con Dios; sus indecibles fatigas en tantos y tan difíciles viajes, hechos á pié y sin recursos; su constancia en tantos y tan penosos ministerios, y sobre todo, su caridad llena de compasion y dulzura para con aquellas afligidas naciones, harán siempre venerable su memoria en los países que edificaron con su predicacion y con su ejemplo, á despecho de Mr. de Paw y de cualquier otro maligno escritor, á quien basta reconocer en otro la calidad de religioso para despreciarlo é injuriarlo. En los escritos de aquellos hombres inmortales se descubre un carácter tan poco equívoco de sinceridad, que no es posible dudar de la exactitud de sus noticias. Es verdad que á los ojos de Mr. de Paw cometieron un crimen imperdonable, cual fué el de quemar como supersticiosas la mayor parte de las pinturas históricas de los Mexicanos. Yo aprecio

(1) Entre los quince primeros misioneros franciscanos hubo seis que renunciaron los obispados que les quiso conferir Carlos V.

mucho mas que Mr. de Paw aquellas pinturas, y me duele mas que á él su destruccion; mas no por esto vilipendio á los autores de aquel deplorable incendio, ni ultrajo su memoria; pues aquel mal, á que los indujo un celo demasiado ardiente y no bien dirigido, no puede compararse con los grandes bienes que en otros ramos hicieron: además de que algunos de ellos procuraron reparar aquella pérdida con sus escritos, y así lo hicieron Motolinía, Sahagun, Olmos y Torquemada.

Pero Mr. de Paw se ha empeñado de tal manera en disminuir la poblacion de aquellos países, que llega á decir, (¿quién lo creería?) en tono decisivo y magistral, que no habia en todos ellos otra ciudad que la de México. Oigámoslo hablar para divertirnos un poco: "No habiéndose descubierto en todo el territorio mexicano algun vestigio de ciudades antiguas de indios, es claro que no habia allí mas que un solo lugar que tuviese alguna apariencia de ciudad, y este era México, que los escritores españoles quisieron llamar la Babilonia de las Indias; pero ya hace tiempo que no nos engañan los nombres magníficos dados por ellos á las miserables aldeas de América."

Cuantos historiadores han escrito de las cosas de México, afirman unánimemente que todas las naciones de aquel vasto imperio vivian en sociedad; que tenian muchas poblaciones grandes y bien ordenadas, designando por sus nombres las ciudades que vieron. Léanse las cuatro Cartas de Cortés á Carlos V; la Historia de la Conquista, por Bernal Diaz del Castillo; la curiosa é ingenua relacion del conquistador anónimo; los MSS de Motolinía, Sahagun y Mendieta; las obras del obispo Las Casas; las cartas de Pedro Alvarado, Diego Godoy y Nuño Guzman, que se hallan en la Coleccion de Ramurio, todos ellos testigos oculares: á los que se deben añadir todos los historiadores mexicanos, acolhuas y tlaxcaltecas, principalmente los que he nombrado en el catálogo que se halla á la cabeza de esta obra. Los que viajaron por aquellas regiones en

los dos siglos y medio que siguieron á la conquista, vieron por sus ojos las poblaciones de que hablan los historiadores antiguos, en los mismos sitios que ellos habian indicado: así que, ó Mr. de Paw se imagina que los historiadores anunciaron proféticamente las poblaciones futuras, ó confesará que desde entónces estaban donde están ahora. Es cierto que los españoles han fundado muchas ciudades, como la Puebla de los Angeles, Guadalajara, Valladolid, Veracruz, Celaya, Potosí, Córdoba, Leon, &c.; pero estas, con respecto á las fundadas por los indios, á lo ménos en el territorio mexicano, están en la proporcion de ménos de uno á mil. Sus nombres, conservados hasta ahora, demuestran que no fueron españoles los que las fundaron, sino indios. Que estos pueblos, de que tantas veces hago mencion en mi Historia, no eran miserables aldeas, sino grandes poblaciones y ciudades bien construidas como las de Europa, consta por el dicho de todos los escritores que las vieron.

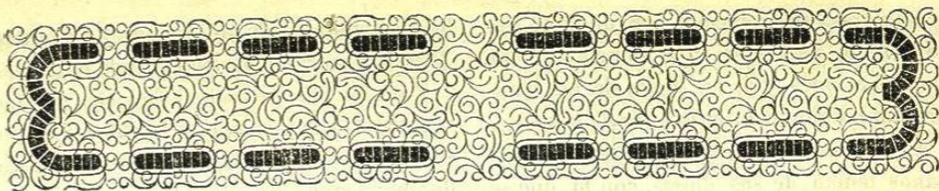
Mr. de Paw quisiera que se le enseñasen vestigios y ruinas de las ciudades antiguas: algo mas le enseñaremos si quiere: esto es, ciudades antiguas existentes todavía. Y sin embargo, si se obstina en querer vestigios, vaya á Texcoco, á Otumba, á Tlaxcala, á Cholula, á Huexotzinco, á Cempoala, á Tula, &c., y verá tantos, que no podrá dudar de la grandeza de las ciudades americanas.

Este gran número de ciudades y de lugares habitados, á pesar de la muchedumbre de personas que morian anualmente en los sacrificios y en las continuas guerras de aquellos pueblos, es una prueba irrecusable de la gran poblacion del imperio de México y de los otros países de Anáhuac. Si nada de esto basta á convencer á Mr. de Paw, le aconsejo caritativamente que se meta en un hospicio.

Los argumentos de que me he valido contra este escritor, pueden servir tambien para responder al Dr. Robertson, el cual, viendo tantos testigos contrarios á su parecer, echa

mano de un subterfugio semejante al del calor de la imaginacion, que empleó hablando de los trabajos de fundicion, elogiados por tantos historiadores. Tratando de la sorpresa que produjo en los españoles la vista de las ciudades del territorio de México, dice así en el libro VII de su Historia: "En el primer arrebató de su admiracion, compararon á Cempoala, aunque ciudad de segunda ó tercera clase, con algunas de las principales de su pais. Cuando despues vieron sucesivamente á Tlaxcala, Cholula, Tacuba, Texcoco y México, creció tanto su asombro, que exageraron su grandeza y poblacion hasta los límites de lo increíble. Conviene por tanto disminuir gran parte de lo que dicen acerca del número de habitantes en aquellos pueblos, y rebajar algo el cálculo de su poblacion." Así lo manda Robertson, y yo estoy dispuesto á obedecerlo. Si los españoles hubieran escrito sus cartas, historias y relaciones en el primer arrebató de su admiracion, podria sospechase que el asombro los indujo á exagerar; pero no sucedió así. Cortés, el primero de los historiadores de México, en cuanto á la antigüedad, no escribió su primera carta al emperador, sino año y medio despues de su llegada al continente de América; el conquistador anónimo, algunos años despues de la conquista; Bernal Diaz del Castillo, despues de mas de 40 años de continua permanencia en el territorio mexicano, y así los otros. ¿Es posible que durase un año, veinte, y mas de cuarenta años aquel primer arrebató? ¿Y de dónde pudo provenir su asombro? Oigámoslo del mismo Dr. Robertson: "Los españoles acostumbrados á esta clase de habitaciones [cabañas aisladas] entre las tribus salvajes, de que ya tenian noticia, quedaron atónitos al entrar en la Nueva-España, y al ver á los habitantes reunidos en grandes ciudades se-

mejantes á las de Europa." Pero Cortés y sus compañeros, ántes de ir á México, sabian muy bien que aquellos pueblos no eran salvajes, y que sus casas no eran cabañas; por que todos los que un año ántes habian hecho aquel viaje con Grijalva, sabian que los indios tenian bellas poblaciones, compuestas de casas bien hechas de cal y canto, con altas torres, como dice Bernal Diaz, cuya autoridad es de tanto peso, por ser hombre sincero y haber visto las cosas que describe. No era pues aquella la causa de su asombro, sino la verdadera grandeza y muchedumbre de las ciudades que se ofrecian á sus ojos. "No es estraño, añade Robertson, que Cortés y sus compañeros, poderosamente escitados á ponderar las cosas, para exaltar el mérito de sus descubrimientos y conquistas, cayesen en el error comun de traspasar en sus descripciones el límite de la verdad." Pero Cortés no era loco y, conocia que con exagerar el número de sus aliados, en lugar de exaltar su propio mérito, disminuia la gloria de sus conquistas: sin embargo, confiesa muchas veces que en sus empresas lo auxiliaron 80,000 y 100,000 y 200,000 aliados; y así como estas ingenuas confesiones manifiestan su sinceridad, así tambien aquellos numerosos ejércitos demuestran la gran poblacion del pais. Ademas, el Dr. Robertson supone que cuanto escribieron los autores españoles sobre el número de las casas de las ciudades mexicanas, fué solamente por conjetura y calculando á ojo; pero no fué así, pues el mismo Cortés asegura en su primera carta al emperador Carlos V que habia mandado hacer la matrícula de las casas que comprendia el distrito de la república de Tlaxcala, y que resultaron 150,000, y mas de 20,000 en la ciudad de Tzimpanzinco.



## DISERTACION VIII.



### RELIGION DE LOS MEXICANOS.

En esta Disertacion no pienso habérmelas, como en las otras, con Mr. de Paw; pues reconoce ingenuamente la semejanza que hay entre los delirios de los americanos y los de las otras naciones del continente antiguo, en materia de religion. "Como las supersticiones religiosas de los pueblos de América, dice, han tenido una semejanza notable con las que han adoptado las naciones del continente antiguo, no he hablado de estos despropósitos, sino para hacer una comparacion entre unas y otras, y para hacer ver que á pesar de la diversidad de climas, la debilidad del espíritu humano ha sido constante é invariable." Si hubiera hablado con este juicio en otras ocasiones, me hubiera ahorrado el trabajo de sostener tantas dispuestas, y hubiera evitado las graves censuras que han hecho de sus Investigaciones algunos sabios de Europa. Yo me dirijo en este trabajo á los que, por ignorancia de lo que ha pasado y pasa en el mundo, ó por falta de reflexion, se han espantado tanto al leer en la historia

de México, la crueldad y la supersticion de aquellos pueblos, como si fuera una cosa jamas vista ni oida en el mundo. Les haré ver el error que padecen, y demostraré que la religion de los Mexicanos fué ménos supersticiosa, ménos indecente, ménos pueril, y ménos irracional que la de las mas cultas naciones de la antigua Europa, y que de su crueldad se hallan ejemplos, y quizás mas atroces, en casi todos los pueblos del mundo.

El sistema de la religion natural depende principalmente de la idea que los hombres se forman de la Divinidad. Si conciben al Ser Supremo como un padre lleno de bondad, cuya providencia vela sobre todas sus criaturas, las prácticas religiosas estarán llenas de demostraciones de amor y de respeto: si por el contrario, se presenta como un tirano inexorable, el culto será sanguinario. Si los hombres creen en un Ser Omnipotente, su veneracion se dirigirá á uno solo; pero si se le atribuye un poder limitado, se multiplicarán los objetos del culto. Si se reconoce la santidad y la pureza de su esencia,